

LA ESCALA DEL PROYECTO URBANO

Ciro Vidal¹, Ivo Vidal²

¹Arch, PhD, ETSAV, Valencia, (SPAIN)

²Arch, PhD, ETSAV, Valencia, (SPAIN)

ciro@estudiovvv.com, ivo@estudiovvv.com

Resumen

Las ciudades son legibles por sus habitantes en un amplio rango de escalas. La gran escala regula las vías de comunicación y la volumetría conjunta percibida por sus habitantes y, por tanto, determina un nivel fuerte de interacción con los usuarios. La pequeña escala introduce la cualidad atmosférica de los distintos espacios de uso cotidiano de la ciudad, es decir, la interacción con los usuarios se produce de manera débil o sensible. La escala a la que entran en contacto ambas interacciones, la podemos situar en 1/500, pues a esta escala se pueden leer los efectos fuertes y débiles que van a tener los proyectos de intervención en la ciudad.

En la categoría del proyecto urbano existe una atención constante a la completitud que exige cada escala para que ambas interacciones se manifiesten de manera coherente. En este artículo se va a tratar de explicar el significado que tiene sobre la ciudad una construcción pensada o intuita con esa base teórica. El testigo sobre el que recae el peso de la demostración es el proyecto urbano de la reconstrucción del barrio obrero de La Sang en Alcoy (Alicante), pues en él no hay distracciones historicistas que enmascaren la realidad urbana, sino que es patente el destello de pensamiento que, a través del orden arquitectónico, supo ver a través del tiempo.

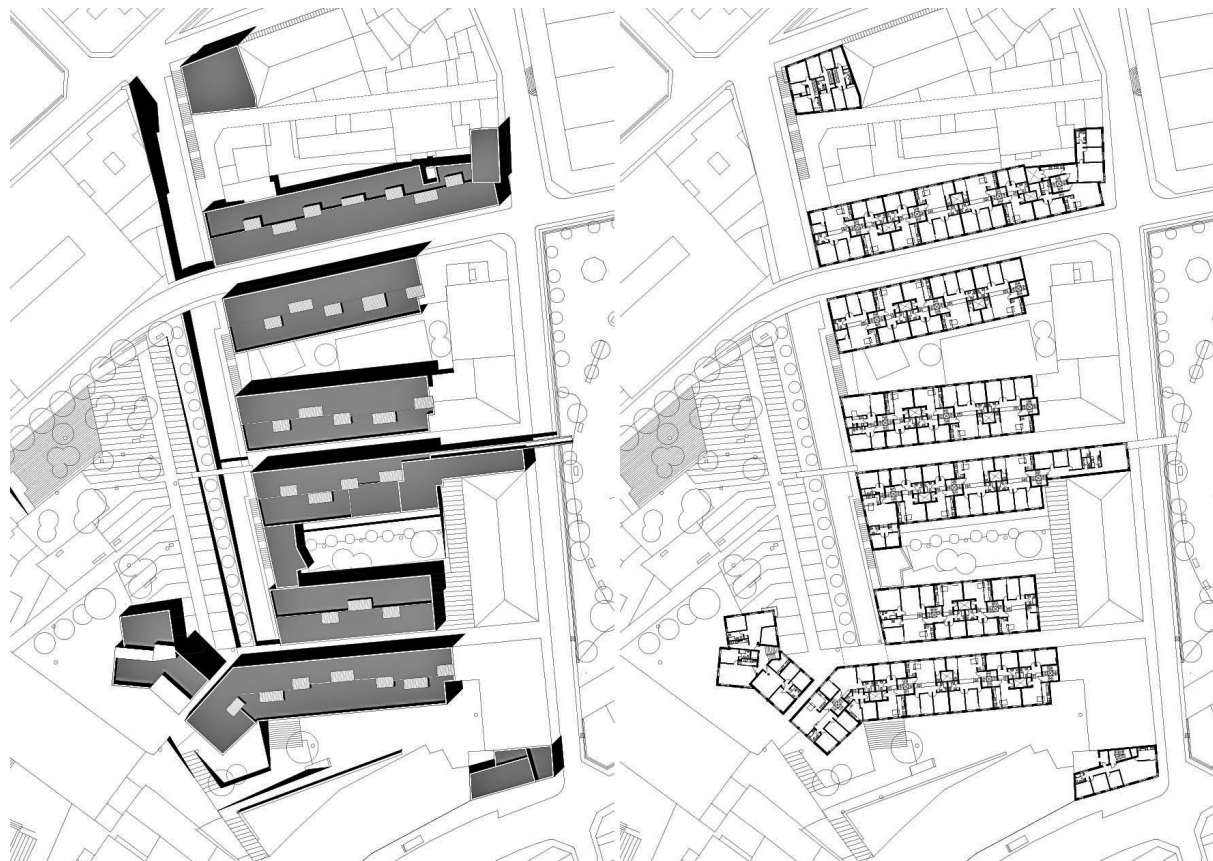


Figura 1: Interacción fuerte representada por los volúmenes de la planta de cubiertas e interacción débil representada por las plantas de vivienda en el barrio de La Sang en Alcoy (Alicante).

Texto principal

En la ciudad intervienen dos *modus operandi*, uno fuerte responsable de la forma y disposición de las masas, y el otro débil cuya presencia se manifiesta en la intención y nitidez de sus soluciones arquitectónicas (Fig. 1). A pesar de actuar sobre el medio urbano con objetivos aparentemente autónomos, necesitan cooperar para complementar sus distintas escalas de acción y afirmar con oficio y coherencia las sucesivas capas que conforman la ciudad. La interacción fuerte persigue la transformación y el crecimiento en el medio urbano y no se detiene para reflexionar sobre la memoria histórica ni sobre la cualidad de los espacios urbanos o de la nueva edificación. El motor económico que impulsa el crecimiento de la ciudad es la necesidad, pero al mismo tiempo es la ocasión dorada cuyos destellos son el reclamo de una riqueza, la pretensión de un estatus o la ansiedad de un reconocimiento. Los individuos no particularmente sensibles al sentido de la ciudadanía canalizan su capacidad de acción económica hacia la consecución de un interés personal apoyado en un interés colectivo y, por tanto, su transferencia hacia la escala urbana produce soluciones banales que la ciudad asume sin crítica.

Por el contrario la interacción débil es sensible al entorno urbano y a la vivienda como espacios propios que necesita el ser humano para el equilibrio de su identidad (Fig. 2). Por ello actúa lenta y levemente, impulsada por esa arena argéntifera de la belleza en la que se empeña con esfuerzo el arquitecto en su trabajo de encontrar la coherencia formal, reconvirtiendo los espacios destruidos, vacantes o alienantes que pueblan la ciudad en espacios con cualidad para la convivencia, por anónima que sea la vida de sus intérpretes. Sin embargo no puede satisfacer el interés colectivo de sus habitantes, sino más bien de una fracción de ellos, debido a que su escala es la del valor de orden de la vivienda y de los espacios públicos cuyo uso está vinculado a aquello que no tiene valor mercantil de cambio. Así, al producir un material desvinculado de la ganancia no podemos asociar la interacción débil al crecimiento de la ciudad, sino a su mejora.

En realidad, sólo cuando estas dos fuerzas dejan de actuar separadamente y cooperan en el límite de sus respectivas escalas es cuando cobra sentido el interés colectivo. En un grado avanzado de la civilización es cuando el individuo se convierte en su propio antagonista al apartar su interés personal frente a la necesidad de la mayoría, transformándose en ciudadano e identificándose con su polis. Una ciudad cuyo crecimiento y continua transformación se lleva a cabo atendiendo a estas dos fuerzas, se alejará de la banalidad de la forma urbana y se aproximará a la concinnitas, es decir, al equilibrio ordenado y consecuente de los diferentes niveles de coherencia que exigen las obras de arquitectura a través de criterios de verdad. Estas dos interacciones se muestran más activas o, al menos, visibles para la gran mayoría de ciudadanos, entre las escalas 1/50 y 1/5000, que es el rango de escalas a las que el pensamiento modela la forma urbana. Aproximadamente desde la escala 1/500 comienza el ámbito de actuación de la interacción fuerte que compromete el grano volumétrico de la edificación, aunque a partir de la escala 1/5000 se convierte en una interacción conectiva de un nivel superior que no se encarga de organizar volumetrías, sino de establecer conexiones viarias entre las zonas edificadas o edificables y los espacios vacíos, verdes o pavimentados.

Por debajo de la escala 1/500 se desarrolla la interacción débil o vinculada a la cotidianeidad de los actos humanos. Tiene lugar la apreciación de lo que Manuel de Solà-Morales definía como las cosas urbanas, los rincones urbanos o los hechos urbanos, en los que la definición de la materialidad tiene tanta importancia como su volumetría o su espacialidad. Y por ello ocurre que al alcanzar la definición de una determinada escala, que puede ser a partir de la 1/50, la interacción débil se transforma y queda fuertemente vinculada a la dimensión sensorial del hombre. En este nuevo nivel perceptivo adquiere peso la definición material que caracteriza un lugar urbano y que una gran parte de la población llega a apreciar no sólo a través del tacto visual y manual, sino también de una manera más distraída por medio del timbre y la intensidad de los sonidos que acompañan a ese lugar a lo largo de día. Cuando se alcanza la calidad de esta complejidad del hecho urbano ese lugar ya no tiene una posición genérica en el recuerdo sino que adquiere la unidad de lo específico. Este hecho resulta verificable en situaciones urbanas que exigen una definición minuciosa como ese punto de máxima urbanidad que son las esquinas, el tratamiento de los vacíos urbanos de jardines o

enfocados al juego de los niños, o también las maneras de salvar desniveles urbanos a través de umbrales, escalinatas, abancalamientos, puentes o pasarelas (Fig. 3). En realidad se trata de buscar un tipo de urbanismo consciente de estas situaciones y que sepa detectar la grandeza que hay tras la aproximación a estos pequeños hechos cotidianos. Para ello es necesario saber qué cosas cuentan y cuáles no, pues su significación sobre la ciudad no depende del tamaño, sino de que consigan anclarse en el recuerdo, consciente o inconsciente, de sus pobladores.



Figura 2: Vista del barrio de la Sang desde la rampa de la Sang.

Podemos definir el proyecto urbano como la figura capaz de encarnar esas fuerzas que operan en la ciudad. La influencia de la interacción débil sobre la fuerte permite guiar la atención de ésta hacia la memoria histórica de la ciudad y hacia la solución de las nuevas necesidades que proceden de su propio tiempo. No se trata de cumplir con las rígidas normativas que simplifican el peso de la historia con su énfasis en la apariencia historicista, sino de repensar e interpretar los espacios urbanos en el conjunto de la ciudad a la luz de la historia y de la contemporaneidad. En el fondo un proyecto urbano es un problema complejo que se resuelve a través de una sucesión de preguntas

íntimamente relacionadas entre ellas a través de proposiciones que no pueden falsearse. Para ello la aproximación es multiescalar, es decir, las cosas se deben pensar a la vez en todas las escalas. No hay ideas simples que se hacen complejas a través de la resolución de los detalles, sino que hay un núcleo de pensamiento que se desarrolla coherentemente a través de la mayor definición que le permiten las escalas a través del proceso de proyecto y de la obra.



Figura 3: Vista de la pasarela peatonal que prolonga la calle Sang cruzando la rampa de la Sang.

Un caso de estudio en el que la cooperación entre estas dos fuerzas fue estimulada desde una directriz política se produjo en la ciudad de Alcoi con el denominado plan ARA (Arquitectura y Rehabilitación de Alcoi) (Fig. 4). El impulso y la credibilidad de los primeros proyectos de intervención sobre el centro histórico de Alcoi hicieron posible la concepción de este ambicioso plan director que suplía las deficiencias del Plan General al uso. La iniciativa del plan ARA surgió como reflejo de la necesidad de dotar de cualidad material a la ciudad a través de acciones fuertes dirigidas por unos proyectos urbanos de gran interés disciplinar por su manera de atender a la continuidad y transformación del tiempo. En aquel momento los proyectos más significativos del plan ARA tenían el carácter de pioneros por sus modernos procedimientos de intervención en la ciudad heredada ya que la historia, la morfología, la disposición y la materialidad urbana debían pensarse simultáneamente.

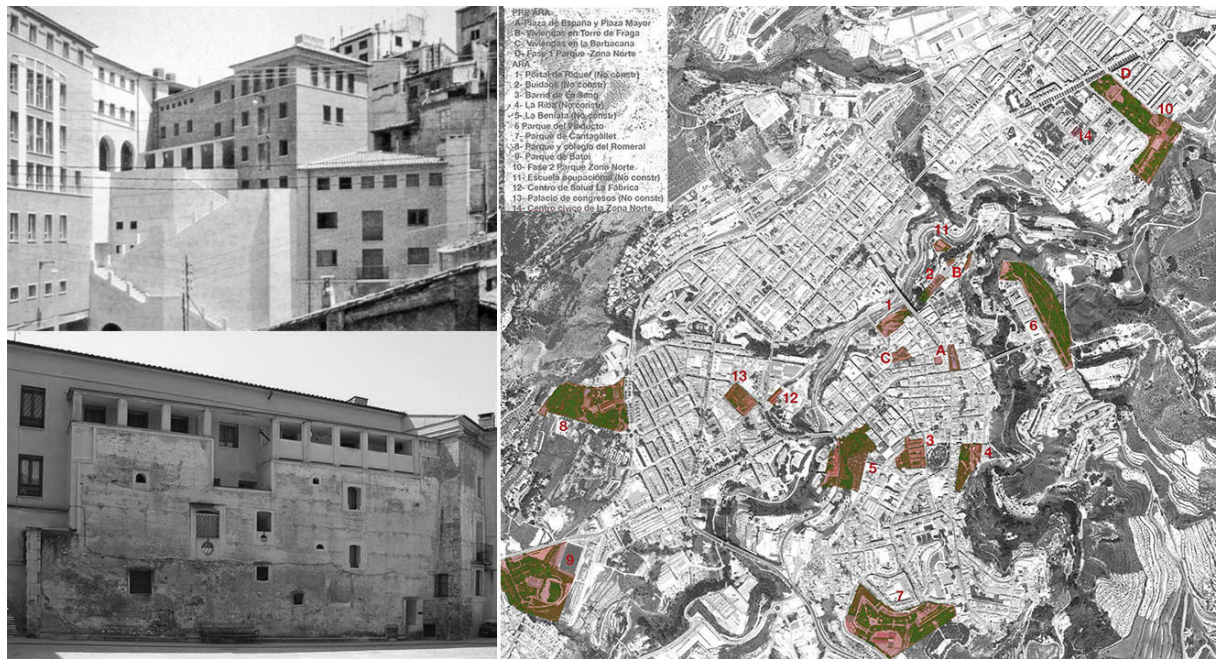


Figura 4: Reedificación en la Barbacana, vista de la antigua muralla y plano de intervenciones del plan ARA.

Para ilustrar las cualidades de un proyecto urbano nos sirve el estudio del barrio de la Sang en la ciudad de Alcoy (Fig. 5). El proyecto respondió al deseo colectivo y a la necesidad de renovación de una ciudad industrial con una base obrera y burguesa muy arraigada. El pensamiento de orden que había tras el proyecto era la consolidación y modernización de un espacio urbano que fuera capaz de afrontar los retos del futuro teniendo presente que la atención a la memoria de las gentes que poblaron ese lugar concreto no debía pasar por el revival de unas formas sin cualidad material, sino que debía atenderse a la racionalidad del trazado de las calles que conectaban con el resto de la ciudad y que habían sido en otro momento muy transitadas (Fig. 6).

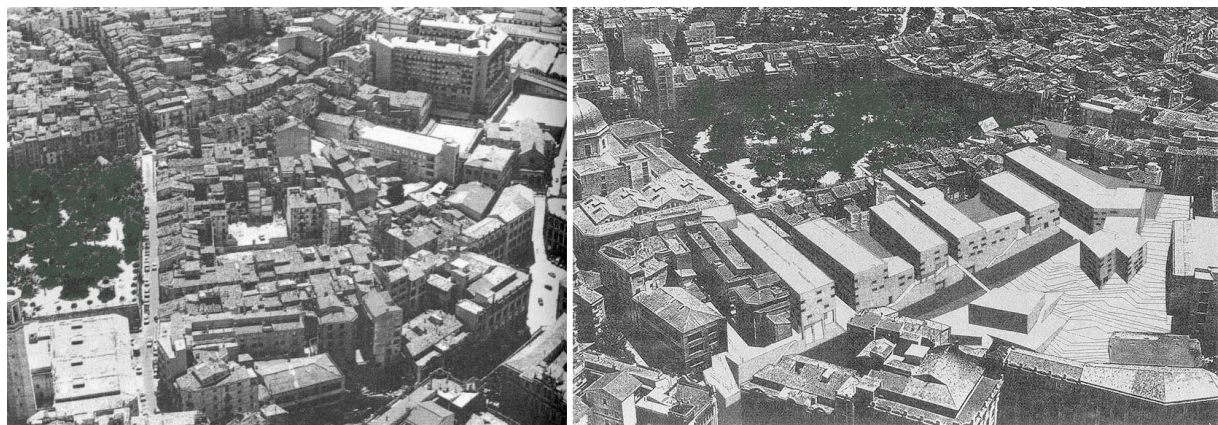


Figura 5: Antiguo barrio de La Sang y fotomontaje de la primera propuesta de la nueva ordenación del barrio.

La renovación del barrio de La Sang, que recibió el premio FAD de Arquitectura de 1999, se desarrolló simultáneamente entre Alcoy y Barcelona por Manuel de Solà-Morales, Vicente Vidal Vidal y Juan Lorenzo en el año 1992. De hecho tiene ahora renovado interés recordar las reflexiones que Manuel de Solà-Morales vertió sobre las formas de actuar en el centro histórico y que responden a un pensamiento de orden y sensibilidad arquitectónica alejado de las convenciones, las frases hechas y los estereotipos:

- [1] “La idea de núcleo urbano antiguo no es solamente la de un centro histórico medieval o novecentista, debe ser también una idea contemporánea imprescindible en la proyectación de nuestras ciudades, antiguas y nuevas. Y esta idea de núcleo, que implica heterogeneidad de medidas y de usos, junto a los movimientos internos y de transversalidad, la aceptación del automóvil y el carácter público de las partes sustantivas, es una categoría teórica del proyecto urbano.” Solà-Morales, 1992



Figura 6: Calle Cova Santa, calle Sang con pasarela sobre calle San Mateo y acera de calle Sant Doménech.

El valor propositivo del proyecto de la Sang asumía la memoria histórica del barrio obrero y la realidad urbana del momento. Estos principios se asentaron sobre la conservación de los trazados de las calles peatonales, la evolución de las escaleras en turbina (Fig. 7) propias del caserío derruido, la aceptación de la servidumbre del coche con los aparcamientos bajo la edificación, la mezcla del uso residencial con la actividad comercial, la restricción constructiva a dos únicos módulos de ventana, la libertad de composición purovisual de los alzados, la aceptación de los jardines internos y su comunicación con el jardín general así como la conservación del carácter másico de la construcción en la calle San Mateo.



Figura 7: Portal de acceso al nº 5 de la calle Cova Santa. Escalera en turbina vista desde el zaguán.

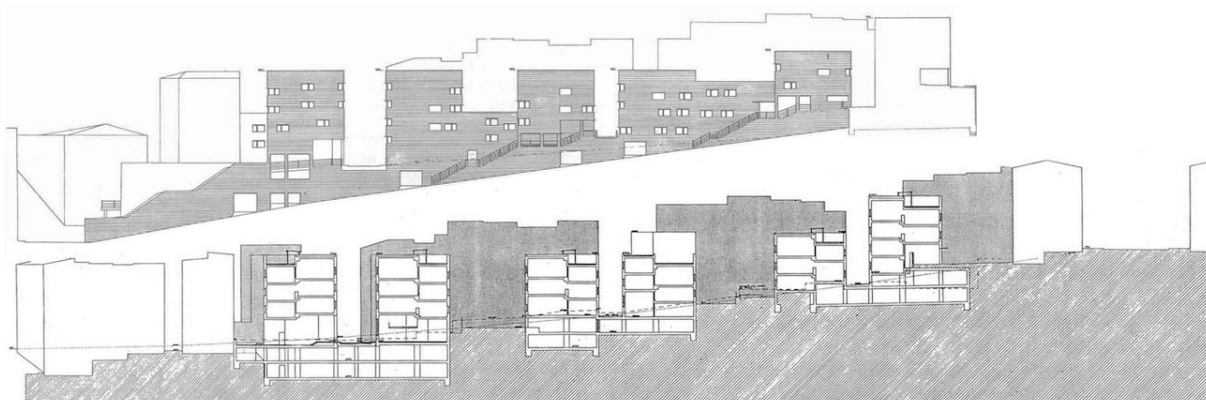


Figura 8: Alzado y sección de la rampa de la Sang.

Es más, para la coherencia de este planteamiento no debía existir interferencia entre el acceso rodado a los garajes y el viario heredado de calles peatonales y calles rodadas comerciales. Todas estas razones dieron aplomo a la audaz apertura de la rampa de la Sang que, con un 14% de pendiente, conectó la calle Gurugú con las entradas a los garajes y liberó la cota superior de la molesta interferencia que suponía el tráfico de coches sobre el viario heredado de calles peatonales de pequeña anchura (Fig. 8).

El barrio de la Sang se formó a principios del siglo xx como un barrio obrero en el centro histórico de la ciudad de Alcoy. Los edificios habían duplicado su altura para alojar a una ingente cantidad de trabajadores industriales cuya escasa capacidad económica les obligaba incluso a alquilar cuartos para dormir por turnos de ocho horas. La intensiva utilización de los inmuebles, su denso apiñamiento y la precariedad de su construcción condujo al progresivo abandono del barrio debido al deterioro de los edificios. El derrumbe de muchos de ellos desaconsejaba un proyecto de rehabilitación e invitaba a un proyecto de re-edificación. El conocimiento de la manera en que las dos interacciones fuerte y débil modelan la edificación y el uso de las ciudades hizo que se afrontaran con decisión dos cuestiones que suelen permanecer silenciadas en la práctica de la urbanística moderna.

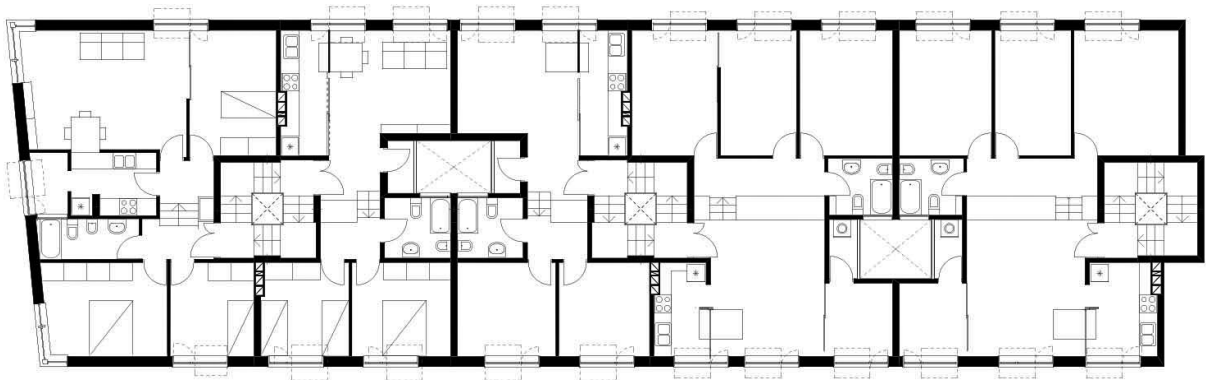


Figura 9: Planta tercera de la calle Sang formada por viviendas tipo A y E.

En primer lugar la interacción débil se manifestó al tratar de ver el modo cómo debía interpretarse el peso de la memoria histórica para que ésta tuviera permanencia a lo largo del tiempo. Para ello fue determinante priorizar la continuidad del significado histórico como un hecho abstracto frente a la continuidad formal como hecho figurativo. Una reconstrucción formalista no habría necesitado ahondar en los orígenes del funcionamiento del barrio porque hubiera mantenido una ficción de coherencia a través de un consabido repertorio de soluciones destinadas a proporcionar iconicidad. Se trataba de re-edificar con unas nuevas condiciones de bienestar interior de las viviendas, dejando atrás la pesadilla del insalubre hacinamiento que sólo había servido como techo compartido por la necesidad (Fig. 9). Por tanto, la interacción débil propició, durante la gestación del proyecto, una idea de luminosidad, ventilación, protección solar y espacialidad para los interiores de las viviendas.



Figura 10: Interior de una vivienda de tipo A al terminar la obra y otra de tipo E habitada.

Y lo hizo a través del recuerdo del bloque denso de viviendas con las escaleras dispuestas en la crujía central, cuyo desarrollo en cuatro tramos proporcionaba cuatro rellanos que daban cada uno a un

pequeño piso que ocupaba un cuarto de la superficie en planta y que, según el régimen de alquiler podían incluso conectarse interiormente a través de la adición de un tramo de escalera sin afectar al piso de arriba o de abajo. Era una atípica disposición de escalera para cuatro pisos cuyo funcionamiento sirvió para pensar, durante el desarrollo del proyecto, en las cualidades volumétricas interiores. El proyecto construido no recurre a la división en cuartos, sino que emplea una distribución a dos viviendas por piso, sin embargo en todos los tipos de vivienda de los bloques lineales ha permanecido una diferencia de nivel entre la primera crujía y la tercera de setenta y dos centímetros, es decir, un cuarto de la altura de la escalera. Con esa escalera interna se divide la zona de noche de la de día o, en las viviendas mayores, divide en dos la zona de día sin perder continuidad visual (Fig. 10).



Figura 11: Fachadas traseras y local entre las calles Cova Santa y Sang. Edificio de la calle Sant Doménech

En segundo lugar, guiados por la fuerza visual de la interacción fuerte, se dio respuesta a una forma urbana distinta del desorden volumétrico anterior, una forma urbana pensada con una voluntad racional en la que, sin embargo, se pudiera reconocer el mismo sistema de calles estrechas peatonales que habían sido fijadas por la memoria colectiva. Esa nueva forma urbana tenía una intención arquitectónica que no existía previamente, al igual que el amplio espacio libre de parque ganado al anterior caos de caserío apiñado (Fig. 11). De hecho la elección de un único tipo de hueco con dos tipos de ventanas para la fachada pretendía precisamente no quitarle protagonismo a la rotundidad de los volúmenes lineales que se acomodan a la topografía de las calles y a la cualidad material de los elementos que construyen la urbanización exterior (Fig. 12). Pero es evidente que no se trataba sólo de dar respuesta a esa escala de proyecto, sino que a la vez se ofrecían pistas sobre la riqueza volumétrica interior, pues las fachadas se convierten en planos limpios y aristados en los que se inscribe un código de huecos no modulado ni repetitivo que inviten a pensar en una seriación. Ahora lo podemos interpretar como una resonancia de la antigua frescura compositiva de las fachadas anteriores fruto de su azarosa construcción a lo largo del tiempo.



Figura 12: Acercamiento a la materialidad de los elementos que componen la rampa y el parque

Para afianzar esta nueva forma comprometida con el conocimiento tipo-morfológico del bloque racional y, por tanto, que no compartía códigos icónicos con el resto de casas del centro histórico, la capacidad transformadora de la interacción fuerte actuó de manera decidida sobre la acusada topografía del emplazamiento. Para ello cortó la estratificación de las sucesivas cotas por medio de una nueva rampa que, abriendo el muro de la calle Gurugú, conectó los acceso a los garajes de cada pareja de edificios con la ciudad baja a través de una pendiente constante (Fig. 13). En el lado izquierdo de la rampa también se desarrollaron las escaleras peatonales que comunican las casas del barrio con la ciudad baja. La gran rampa de la Sang está cruzada por una pasarela peatonal que da continuidad a la calle Sang y por un puente para tráfico rodado en la calle comercial que es Sant Doménech, calle que, debido a su limitada anchura tiene un porticado a sur que permite darle más medida a la acera. Por tanto las escaleras, la rampa, la pasarela y el puente son los elementos nuevos que se entrelazan con el estricto orden arquitectónico de los sencillos y aristados bloques rectilíneos de viviendas.



Figura 13: Los arquitectos Juan Lorenzo, Manuel de Solà-Morales y Vicente Vidal Vidal durante la apertura de la rampa de la Sang. Vista del edificio de la calle Gurugú desde el que arranca la rampa de la Sang.

Había otra cuestión fundamental para que los nuevos edificios asumieran un lenguaje moderno acorde con el planteamiento urbanístico y ésta fue la decisión de la permanencia de las casas de la calle San Mateo. Las fachadas de estos edificios estaban construidas con sillar y no presentaban peligro de demolición, por tanto todas las casas que construían la calle San Mateo formaron parte de una segunda fase de rehabilitación que respetaba sus estructuras murarias e incluso compartía estructura con la nueva edificación.

Con esta última decisión de mantener la forma heredada que, sin mayores virtudes, aportaba su particular materialidad a la calle San Mateo, se trataba de asir el escurridizo principio de concinnitas. La fase de rehabilitación de las viviendas de la calle San Mateo debía colaborar a la espontánea amalgama entre la solidez de lo antiguo restaurado y la solidez de la edificación nueva, pues la defensa del patrimonio de la ciudad no es sólo mantener los edificios protegidos, sino mejorar o conservar la calidad real de los fabricados que construyen sus calles y que son la decantación del trabajo y la vida de los antecesores que realizaron y habitaron esos edificios. No se trata de defender una endogámica conservación icónica que sólo aprecia la última y fina capa de lo que mira un ojo que no está acostumbrado a ver, sino de reivindicar el valor esencial de la construcción y su capacidad para recoger el testigo del tiempo al invocar su memoria con la honestidad del tacto, ya sea de la mano o del ojo experimentado (Fig. 14).



Figura 14: Rampa de la Sang vista de la calle Cova Santa.

Sin embargo en cada escala de su materialización el proyecto urbano está sujeto al peligro de ser violentado y de perder la coherencia que ha sido pacientemente mantenida por un destello del pensamiento. Con el cambio de gobierno municipal el caserío de gran uniformidad tipológica que construía la calle San Mateo fue demolido, parcelado, tratado y vendido como si fuera solar de periferia a los promotores locales. Ello explica la aparición de los chaflanes que impuso una tardía normativa municipal y el maquillaje de los escuálidos aplacados como sustitución de los sillares, provocando la sensación de un burdo escenario teatral que destruía la percepción de solidez de los volúmenes aristados y de los zócalos de sillares existentes desde el siglo XIX. En consecuencia, la banalidad que se apoderó de los edificios de la calle San Mateo mutiló la compleja operación urbana de La Sang y aunque, al pasar el tiempo, la pérdida de cualidad se enmascara con la distracción de lo cotidiano, es preciso dar una explicación porque, como decía Manuel de Solà-Morales, restauración y re-edificación son los términos del mismo problema y finalizar la Sang sin la completitud que le confería la parte restaurada, con la sutileza de sus esquinas aristadas y su materialidad conjunta con la calle San Mateo, la deja en ese lugar sin tiempo donde se encuentra ahora.

[2] “...sospecho que el espacio, en realidad, no forma parte de nuestras preocupaciones vitales, sólo el tiempo, que se derrama y escapa entre los dedos cuando intentamos atraparlo...” Mansilla 2012.

Palabras clave: interacción, ciudad industrial, proyecto urbano, sentido de ciudadanía, cosas urbanas

1. De Solà-Morales i Rubió, Manuel. Il nucleo urbano antico come categoria di progetto. Lotus nº 71. Lotus international. Electa, Milano 1992. Pág 87.
2. Moreno Mansilla, Luis. Citado por Tuñón, Emilio. El tiempo como material de construcción. Circo 2016. 215. Madrid 2016. Circo MRT.